


EMPRENDEDORES


Guelmis Tavárez y su visión cuando la noche se vistió de blanco

Marietha Góngora

Guelmis Tavárez nació en Santiago de los Caballeros (República Dominicana) en 1984. Creció en una familia numerosa en casa de su abuela materna porque sus padres se separaron cuando él tendría aproximadamente cinco años. Años después tanto su padre como su madre volvieron a casarse y tuvieron más hijos, sin embargo Guelmis siempre vivió con su mamá y algunos de sus hermanos.

En Santiago cursó el bachillerato y al graduarse adelantó estudios universitarios en medicina y luego pasó a comunicación social y medios audiovisuales en la Universidad Católica Madre y Maestra.

"Mi hermana mayor vino primero a Nueva York [...] yo vine aquí después con una visa que estaban dando para un intercambio de la universidad. Ella me animó a que viniera porque yo era muy buen estudiante", cuenta Guelmis, quien para entonces tenía 18 años y tras haber vivido esta ex-

periencia regresó a República Dominicana.

En 2013 Guelmis conoció a la que es hoy su esposa, quien vivía en los Estados Unidos. En 2015, decidieron iniciar su vida como casados en los Estados Unidos. "Llegamos a New Jersey y yo conseguí un trabajo en la Arquidiócesis de Nueva York en 2016", comenta Guelmis, quien coordinaba los grupos de jóvenes adultos hispanos y gestionaba recursos para sus actividades.

Desde 2019 hasta el año pasado Guelmis y su familia han vivido en Texas y en República Dominicana, donde permanecieron en lo más álgido de la crisis sanitaria por la pandemia.

Pero regresemos al pasado, cuando Guelmis tenía 26 años y aún se encontraba en Santiago. "Yo tenía una inquietud muy grande, me preocupaba mucho la juventud, porque yo por mi situación familiar crecí con muchas dificultades y yo sé lo que se siente no tener un apoyo, no tener un padre, una base familiar", asegura Tavárez, quien a sus 13 años tuvo un encuentro

personal con el Señor.

"Yo siempre he querido contárselo a los demás porque Él hizo algo grandioso en mi vida [...] en Dios y en Jesús está la solución porque ese vacío que uno tiene dentro, solo Papá Dios lo llena", dice Guelmis que desde niño estuvo involucrado en la vida parroquial, fue lector, catequista y sirvió en un grupo donde también aprendió a tocar la tambora.

"Cuando me enseñan a tocar la tambora, me enseñan dos ritmos y me integré en un grupo -de jóvenes- que se encuentra todos los martes. La música empezó a nacer en mí, aunque la música me ha gustado siempre", asegura.

A sus 13 años Guelmis era tímido e inseguro, pero durante dos años vivió un proceso de sanación espiritual que le permitió reconocer en él un don creativo y espiritual que Dios le había dado. "En mi interior yo sabía que tenía un potencial muy grande y sabía que Dios en mí estaba depositando algo grande que yo no podría escon-



Esta organización ha realizado algunos de estos encuentros de forma gratuita en ciudades de República Dominicana y Colombia. El plan es recaudar fondos en los encuentros que se hagan en los EE.UU. para realizar este evento gratis en nuestros países. Fotos: Cortesía @lanocheblanca

der", afirma Guelmis que para entonces comenzó a componer y cantar canciones con letras cargadas de fe y esperanza.

La preocupación de Guelmis por la juventud dominicana radicaba en que muchos asistían a los bares a muy corta edad. "Había un bar en todas las esquinas y no era gente adulta sino niños de 14, 15 y 16 años. Yo sé que la mayoría de veces se está buscando algo fuera que no se puede encontrar y se busca llenar un vacío dándole de comer al ego y la vanidad", dice.

Sin embargo, cada tanto Guelmis veía en el grupo juvenil a muchos de esos jóvenes

 HISTORIAS

La Eucaristía, medicina eficaz



Cruz-Teresa Rosero

“La Eucaristía es una medicina eficaz contra las cerrazones”, dijo el Papa Francisco en el Ángelus de la Solemnidad de Corpus Christi, el 6 de junio de 2021. ¿Y cuáles son esas cerrazones, sinónimo de oscuridad, obstinación, torpeza para entender algo? Nos dice que es difícil entender que al unirnos a Jesús en la Eucaristía asimilamos su manera de vivir, su capacidad de partirse y entregarse, de responder al mal con el bien. “El Señor nos cura con amor de aquellas fragilidades que no podemos curar por nosotros mismos: la de sentir resentimiento hacia quienes nos han hecho daño; la de distanciarnos de los demás y aislarnos en nuestro interior; la de llorar sobre nosotros mismos y quejarnos sin encontrar la paz”.

Reflexionando en esta afirmación del Papa, me invaden los recuerdos. En particular, viene a mi mente una tarde que tuve una discusión fuerte con uno de mis hijos. Quedé muy lastimada, con sentimientos de enojo, de tristeza y de impotencia.

No sabía si el domingo podría recibir a Jesús Sacramentado. Asistí a la Santa Misa con mi mente confusa y mi alma herida. Se me hizo difícil escuchar las lecturas y prestar atención a lo que estaba pasando en el Altar. Cuando vi al sacerdote levantando la Hostia y diciendo: “Este es el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo, dichosos los invitados a la cena del Señor”, desperté como de un letargo, y admitiendo mi fragilidad humana contesté: “Señor, yo no soy digna de que entres a mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme”. Me levanté de mi asiento, hice la fila, y caminé al encuentro con mi Señor sintiendo mi indignidad. Abrí mis manos en espera. Lo miré y escuché: “El Cuerpo de Cristo”. “Amén” contesté con toda la conciencia de que a quien iba a poner en mis manos, y a comer era al mismo Cristo. Luego de recibirlo, me arrodillé en actitud de adoración. No dije nada. No podía. Sabía que estaba ante una Presencia úni-

ca, ante Jesús Sacramentado que entró a mí sin merecerlo. Entró a sanarme de mis miserias. La paz y la alegría inundó todo mi ser. Acababa de experimentar el amor y la misericordia de Dios en mi vida.

El Santo Padre continúa en su reflexión diciéndonos que “encontramos la grandeza de Dios en un trozo de pan, en una fragilidad que desborda de amor y de compartir”. Subraya muy en especial la palabra fragilidad: “Jesús se hace frágil como el pan que se rompe y se desmigaja. Pero precisamente ahí radica su fuerza. En la Eucaristía la fragilidad es fuerza: fuerza del amor que se hace pequeño para ser acogido y no temido; fuerza del amor que se parte y se divide para alimentar y dar vida; fuerza del amor que se fragmenta para reunirnos en la unidad”. Nos da el regalo del Pan de Vida precisa-

mente la misma noche de la traición de uno de los suyos, cuando su corazón siente “el abismo más profundo: el discípulo que come con él, que moja su bocado en el mismo plato, lo está traicionando”.

En la Eucaristía une su fragilidad a la nuestra. “Nos conoce, sabe que somos pecadores y que cometemos muchos errores, pero no renuncia a unir su vida a la nuestra”. Entra a nosotros para sanar nuestras fragilidades y capacitarnos para que salgamos de nosotros mismos y a la vez ayudemos a los demás en sus fragilidades.

“Yo soy el pan de vida. El que viene a mí nunca tendrá hambre y el que cree en mí nunca tendrá sed” leemos en Juan 6,35. “El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré en el último día” (Juan 6,54). Este pronunciamiento de Jesús es una cerrazón; la lógica de nuestras mentes no lo entiende.

Oremos con nuestro Santo Padre: “Que la Santísima Virgen, en quien Dios se hizo carne, nos ayude a acoger con corazón agradecido el don de la Eucaristía y a hacer también de nuestra vida un don”.

Maestra jubilada de las escuelas públicas de N.Y. y de la diócesis de Brooklyn como Directora de Educación Religiosa. @TechitaZ



Guelmis Tavárez ya cuenta con la aprobación del estado de Nueva Jersey para operar como una organización sin ánimo de lucro.

que departían en los bares y parecían tan contentos. Cada martes esa felicidad momentánea y fugaz se esfumaba y los dejaba ver tal cual se sentían: vacíos y heridos.

El día, de 2010, que nació Noche Blanca Guelmis lo recuerda perfectamente. “Estaba en mi habitación orando y le pedí al señor ‘dame una idea, dime algo porque quiero hacer algo con lo que los jóvenes se puedan conmovir y puedan sentir el deseo de venir y que encuentren algo que los conecte”, recuerda Guelmis quien en ese momento tuvo una visión, como una película en frente de él.

“Vi a todos estos jóvenes vestidos de blanco batiendo las manos. Era de noche, todos estaban vestidos de blanco y yo dije ¡es la noche blanca!”, dice Tavárez, quien para el siguiente martes propuso a los jóvenes del grupo hacer la primera Noche Blanca, cuyo mensaje fue el deseo de vivir en santidad “como Dios manda y no como lo pide el mundo”, asegura.

Esa primera Noche Blanca en Santo Do-

mingo dio de qué hablar. Se realizó en un parqueadero en medio de un torrencial aguacero. “Así como cayó la lluvia, cayó la bendición por que había jóvenes hasta en la calle, no cabían y eso fue una cosa impresionante fueron más de 300 jóvenes”, afirma Guelmis.

Los jóvenes del grupo le pidieron que la Noche Blanca se convirtiera en un encuentro regular para reunir a los jóvenes con un propósito de acercarlos al Señor. Desde entonces se han realizado varias en diferentes condados en Nueva York y en Virginia. Han regresado también a República Dominicana y también la han realizado en diferentes ciudades de Colombia como Barranquilla, Cartagena, Bucaramanga, Bogotá y San Gil.

A lo largo de estos años, Guelmis ha visto crecer esta iniciativa que vez por vez exige un lugar con mayor capacidad y la logística propia de un complejo montaje que incluye tecnología de luces y sonido. También existe un espacio para el teatro, un mensaje de un invitado especial, una Exposición del Santísimo, un momento de oración, sanación y reconciliación encabezado por uno o más sacerdotes.

A lo largo de estos años, comenta Guelmis, han conocido los testimonios de algunas sanaciones físicas y espirituales que han ocurrido en la Noche Blanca, a esto y a las transformaciones personales que los asistentes han tenido y compartido con otros, él atribuye el auge de este encuentro de Jóvenes con Jesús. ◆

LA NOCHE BLANCA INC.

Guelmis Tavárez
Instagram: @lanocheblanca

